

los negocios más graves del Estado; el segundo, que se había reputado como conservador, defecionó á sus principios desde que firmó el convenio de Miramar; y el tercero, que era hijo del famoso republicano D. Santos Degollado, pertenecía al partido que tantos males había causado al país con su persecución á los principios católicos.

Ahora bien: con motivo de esta misión diplomática, revivió en el ánimo de Maximiliano el antiguo pensamiento de rescatar en Jerusalén uno de los lugares santos y fundar allí una misión de religiosos franciscanos que se mantuviesen á expensas del Archiduque.

En 1856 había aquel príncipe visitado en devota y edificante peregrinación aquellos lugares santificados por la persona divina de nuestro Salvador, con tanta piedad y compostura, que los mismos musulmanes, viéndole recorrer el camino de la Cruz con los ojos bañados de lágrimas y arrodillarse humildemente en cada estación de la Vía dolorosa, al anunciarle un Padre Franciscano el misterio que conmemoraba, no pudieron menos de admirar en él la santidad de nuestra augusta Religión, que tales sentimientos excitaba en el corazón de un príncipe tan esclarecido, no parando aquí su modestia, sino que, habiendo el Cónsul de su nación, en cumplimiento de su deber, mandado que le fuese preparado alojamiento correspondiente á su grandeza en la excelsa ciudad de David, al menos cuanto era compatible con el extremo abatimiento en que se veía sumergida por la vicisitud de los tiempos, rehusolo abiertamente su Alteza, quien tomando en consideración que visitaba la ciudad de la Cruz, quiso compartir el pan de la amargura y de la penitencia con los envejecidos custodios de Sión, prefiriendo una humilde celda entre los harapientos hijos del Serafín de Asís á todas las comodidades que pudiera ofrecerle el albergue consular que se le destinara.

Finalmente, después de haber venerado los principales monumentos de la humana redención, llamándole á otro sitio sus altos deberes, dejó sus más cordiales afectos á la Tumba del Redentor, con un firme propósito de conservar toda su vida los recuerdos venerables é indelebles que inspiran aquellos lugares santos, de los cuales al partir, llegando á aquel punto desde donde se envía el último adiós á la desolada Sión, des-

endió reverentemente del carruaje y postrándose en tierra besó y rebesó aquellas rocas desnudas, testigos de las lágrimas, del gozo y del más vivo entusiasmo de millares de peregrinos; y saludando desde allí por la vez postrera á la Ciudad de Dios, desapareció de la vista de sus admiradores, saltando de risco en risco, cual siervo misterioso, por aquellos montes de la Judea, con una firme promesa de trabajar alguna vez en la restauración, si ya no completa, al menos de una parte de la abandonada y entristecida Hija de Sión. (*)

Al organizar Maximiliano la misión diplomática que había de ir de su parte cerca de la Santa Sede, para el arreglo de las dificultades de que ya hemos hablado, se proponía el infortunado príncipe que en la persona del Ilmo. Sr. Ramírez se representara el elemento religioso, no para que entrara en pláticas de un orden que le era totalmente desconocido, vista la distancia que media entre las humillaciones del claustro y las esplendideces de la diplomacia, sino principalmente para que diligenciara en Roma el medio más expedito de realizar su ideal y cumplir su promesa, estableciendo en Tierra Santa una Misión de religiosos franciscanos de nacionalidad mexicana, á cuyo cuidado quedara encomendado alguno de los lugares Santos, con la aprobación de la Santa Sede y la asignación del Custodio franciscano de Tierra Santa.

En 1551 nuestros franciscanos habían perdido irreparablemente el Sagrado monte de Sión, en donde estaba el principal convento de la Santa Custodia y que era para nuestros religiosos muy estimable por mil conceptos; como quiera que en la Iglesia adyacente se veneraba el santo Cenáculo, en donde fué instituido el augustísimo Sacramento del Altar, la capilla en donde apareció Jesucristo, después de resucitado, á sus apóstoles congregados en uno, y aun donde el Espíritu Santo descendió el día de Pentecostés. Además de todo esto estaba allí también el sepulcro del Real Profeta David, el cual sepulcro sirvió de pretexto para echar á los religiosos, desapropiándoles de todos aquellos célebres santuarios. Fué un hebreo quien fraguó tan inícuca trama y un fanático musulmán á cuyas instiga-

(*) STORIA DI GERUSALEMME, del Padre Francesco Cassini da Perinaldo, dedicata a sua Altezza Imperiale Ferdinando Massimiliano, Arciduca d'Austria etc., Roma, 1857.

ciones tuvo su cumplimiento. Elevóse á la Sublime Puerta una representación manifestando no ser conveniente ni razonable que el sepulcro de David, profeta á quien honraban los discípulos del Korán, estuviese en poder de Religiosos Francos, quienes lo profanaban pisoteándolo y haciendo oír allí sus infieles voceríos. Enablóse en seguida un litigio que no duró menos de 28 años. Los gastos que emprendieron los franciscanos para sostenerlo fueron tantos, que Martino V impuso un tributo extraordinario á título de indemnización á todos los hebreos que vivían entonces en los Estados de la Iglesia y en los dominios de la República de Venecia. Lo mismo hizo Juana II, reina de Sicilia, como también su hijo, el Duque de Calabria, cuotizando á todos los hebreos existentes en sus reinos, y condenándolos á pagar un tercio de ducado de oro por cabeza para el mismo objeto. Interpúsose la mediación de Francisco I, rey de Francia; pero inútilmente. La humillantísima respuesta, que desde su *feliz y potentísima habitación, en donde resplandece la inmensa justicia y la benignidad*, dió aquel soberbísimo Sultán á Francisco, Señor del país de Francia, estaba concebida en términos que, bajo el frívolo pretexto de que la ley de Mahoma prohibía, que allí donde los turcos adoraban una vez volvieran los cristianos, Solimán Sakhác, *corona legítima de los poderosos del mundo, imagen de Dios*, [todo esto decía la impía carta], *Señor de los mares blanco y negro y de la tierra firme*, terminaba por aprobar y autorizar con aquel documento, la usurpación que aquel fanático musulmán había perpetrado de la Iglesia y el convento del Monte Sión, para cuya legítima posesión Don Roberto y Doña Sancha habían en otro tiempo desembolsado diez y siete millones de ducados en favor de los Frailes Menores.

Joya tan preciosa como las antiguas pertenencias del Monte Sión, era la que pretendía rescatar el piadosísimo Maximiliano para ponerla bajo la custodia y salvaguardia de la nación mexicana, y con ese fin acordó con el Ilmo. Sr. Ramírez que del Colegio de Guadalupe de Zacatecas fuesen designados seis religiosos, que convenientemente facultados, fuesen á Roma y luego á Tierra Santa á fundar la Misión mexicana, agenciando previamente la adquisición del lugar santo mencionado.

El M. R. P. Palomar, en su calidad de Comisario general,

nombró á los R.R. P.P. Fr. José M. Romo de Jesús, Presidente de la Misión; Fr. José M. Munguía, Secretario; Fr. Ambrosio Malabehar, Fr. Jesús Martínez y Fr. Federico Scholtz, operarios; y al hermano laico Fr. Pascual Obregón, ecónomo, quienes emprendieron á principios de Febrero de 1865 su viaje á Roma donde fueron recibidos con benevolencia por la Santidad de Pío IX, de feliz memoria, pero sin obtener promesa alguna favorable al objeto de su comisión, y á duras penas alcanzando licencia temporal de marchar á Tierra Santa, donde permanecieron en calidad de visitantes en el convento del Salvador, junto al Santo Sepulcro, hasta que, cumplida la licencia obtenida, pensaron en repatriarse todos, excepto el P. Scholtz, que quiso permanecer por algún tiempo en el Cairo, (Egipto), regresando después de dos años á México, donde se mantuvo celebrando casi diariamente en los templos misas de doce, hasta que en 1900 resolvió volverse á España, su patria, eligiendo por domicilio la ciudad de Málaga, en donde sus parientes, ricos comerciantes, le dispensaron favorable acogida hasta su muerte.

El P. Romo también, por mandato superior, permaneció algún tiempo en Beirut primero, después en Puerto Said, ejerciendo de Párroco, hasta que por la obediencia fué destinado, como Presidente, al Colegio de Santa Bárbara en la Alta California, de donde se separó en 1882, tiempo en que aquel convento fué reducido á la circunscripción de la Provincia franciscana del S. Corazón de Jesús, en los Estados Unidos del Norte, pasando el P. Romo á desempeñar el cargo de Guardián al convento de Santa Catarina mártir en Alejandría, (Egipto), donde pasó el resto de sus días.

El P. Munguía volvió á Zacatecas en derechura, donde vivió vida particular entregándose á trabajos científicos, especialmente á la Química, ciencia que poseía con alguna perfección, muriendo de una invaginación intestinal contraída á consecuencia de la absorción de sales de plomo, el año 1878.

El P. Fr. Ambrosio Malabehar, de regreso á México, se estableció en la capital; y en la calidad de capellán de la Iglesia de Santa Clara, verificó en ella muchas mejoras materiales, sin dejar por eso de tener un gran séquito en lo espiritual, relacionándose con las familias católicas más distinguidas de la ciu-

dad, gozando reputación de gran orador sagrado, acaso justificada. En 1892 fué nombrado Presidente para la fundación del Colegio-Noviciado de San Luis Rey en California, [E. U. A.] en donde no pudo permanecer por sus enfermedades, de las cuales murió en México, siendo muy aplaudida la última pieza que predicó en la antigua Colegiata con motivo de la Coronación de Nuestra Señora de Guadalupe.

El P. Fr. Jesús Martínez murió en Puebla el año 1906.

El hermano laico Fr. Pascual Obregón, habiéndose perfeccionado en el arte fotográfico durante una temporada que permaneció en París, á su regreso de Tierra Santa, se estableció en la Villa de Guadalupe de Zacatecas, ejerciendo su profesión para ganarse el sustento mientras vivió.

De este modo terminó el personal escogido para poblar y fundar el proyectado hospicio de Sión, que fracasó enteramente debido, no solo al desacuerdo que surgió entre el Gobierno mexicano y la Santa Sede, sino también por la imposibilidad de adquirir el Santo lugar designado, en el cual habían conservado por mucho tiempo los franciscanos un reducido cuchitril, llamado *el horno* á causa de sus estrechas dimensiones, y que en 1847 aun subsistía, habiendo sido destruido después por los ingleses protestantes, quienes lo convirtieron en cementerio. Acaso Maximiliano hubiera concertado con ellos algún arreglo para obtener la codiciada posesión del Monte Sión; pero todo se frustró tal vez por permisión divina.

NUMERO 126.

González Ortega después de la exclaustación de los Religiosos.

Demos ahora una hojeada retrospectiva sobre la vida pública de nuestro malhadado perseguidor y temblemos ante los profundos arcanos de la Providencia, que tan terribles desengaños tenía aparejados en la última etapa de la vida de aquel corifeo de la revolución reformista, que habiendo brillado cual fuego de Santelmo en cielo tempestuoso, tuvo un ocaso obscurecido por las sombras del olvido entre sus parciales.

El General Dn. Jesús González Ortega, dice un historiador

de nuestros días, [*], quien á pesar de su carácter de Presidente Constitucional de la Suprema Corte de Justicia, desempeñaba el cargo de Gobernador de Zacatecas, al tener noticia de los convenios preliminares de la Soledad y de los acontecimientos que á ellos se siguieron, dejó su Estado y se presentó en México, y entró en campaña después de la acción del 5 de Mayo, con seis mil hombres, la mayoría de los cuales había traído del interior del país; á las órdenes de Zaragoza se movió hacia el Oriente, fué sorprendido completamente por los franceses en el cerro del Borrego, con lo que se frustró el ataque sobre Orizaba ordenado por aquel general para el 14 de Junio de 1862. Después de este suceso desgraciado, permaneció con el ejército republicano en la más inexplicable inacción, y sin intentar ningún combate, no obstante la superioridad numérica sobre los franceses, cuidando solo de ocupar el camino de Puebla. [1]

Guardando esta situación falleció Zaragoza el 8 de Septiembre y González Ortega, que quedó con el mando en Jefe del ejército de Oriente, tampoco procuró salir de ella no obstante lo anómala que era, y dió lugar á que llegando nuevas tropas francesas á las órdenes del General Forey, este tomase la ofensiva, subiese á la Mesa Central y marchase sobre Puebla á cuya vista llegó en los primeros días de Marzo de 1863. Esta larga permanencia en la inacción del ejército mexicano, cuando con algunas probabilidades de éxito podía haber atacado á los franceses en Orizaba, no sabemos cómo será juzgada por los peritos imparciales en el arte de la guerra; por nuestra parte, creemos que indica de parte de los Generales Zaragoza y González Ortega, muy poca resolución, menos pericia aun ó mucha desconfianza en obtener un triunfo, bien que en aquella situación era preciso batirse aunque no se tuviesen esperanzas de alcanzar una victoria.

El sitio de Puebla puso de manifiesto la bravura mexicana que defendió decididamente durante sesenta y tantos días á esa ciudad; pero no recomienda mucho la pericia del General que

(*) VILLASEÑOR, *Estudios históricos*. Agüeros, editor, 1906.

[1] El ejército mexicano que estaba al mando de Zaragoza se componía de 14,000 hombres, y el de Lorencez, á pesar de los refuerzos recibidos, era de poco más de 8,000.